

Pío Moa

Hegemonía española

(1475-1640)

y comienzo de la Era europea

(1492-1945)



ÍNDICE

Nota	9
Introducción	11
I. La formación de Europa en las edades de Supervivencia y Asentamiento o «Edad media».....	19
II. La herencia de la Reconquista.....	27
III. El humanismo español	39
IV. Portugal, Castilla, Navarra y Aragón	53
V. El país mejor organizado de Europa	59
VI. 1492, el año prodigioso.....	69
VII. La expulsión de los judíos y la Inquisición.....	83
VIII. Segundo viaje de Colón.....	95
IX. Revolución militar en Italia	101
X. El tiempo de <i>La Celestina</i> y el <i>Amadís</i>	107
XI. La Gran estrategia de los Reyes Católicos	119
XII. Muerte de Isabel <i>la Católica</i> , crisis sucesoria y muerte de Colón	127

XIII. Últimos años de Fernando <i>el Católico</i> y la cuestión de Navarra	139
XIV. Ocho semblanzas de época	151
XV. Nueva crisis sucesoria. Y nuevo panorama europeo.....	171
XVI. Revolución y reforma en el cristianismo. Erasmus, Vives, Lutero, Loyola	185
XVII. Balance de la década de los años 20	201
XVIII. Conquista de Méjico y primera vuelta al mundo	209
XIX. <i>El Lazarillo</i> , Garcilaso, Boscán, Valdés.....	225
XX. Evolución político-militar de los años 30	235
XXI. Los Pizarro y el ánimo de la conquista.....	247
XXII. Las Casas y la leyenda negra.....	269
XXIII. Gran ocasión perdida y nuevas guerras.....	283
XXIV. La gran controversia sobre la conquista. Soldados, frailes, comerciantes y burócratas.....	291
XXV. Fin de la época de Carlos, I de España y V del Sacro Imperio	301
XXVI. El mundo ante Felipe II	311
XXVII. Un papa ataca a España, y una bancarrota.....	319
XXVIII. El gran Concilio de Trento.....	333
XXIX. Tormentas en Europa y avances en el Pacífico	341
XXX. Granada-Chipre-Lepanto	355
XXXI. Años 70. Francia y Flandes en guerra civil, y Portugal sin rey	365

XXXII. La religiosidad hispana	381
XXXIII. Década de victorias para España.....	395
XXXIV. Dos batallas decisivas: Armada y Contrarmada	405
XXXV. La Escuela de Salamanca	423
XXXVI. Guerra en tres frentes.....	437
XXXVII. La España de Felipe II.....	447
XXXVIII. Al terminar el siglo XVI	459
XXXIX. La <i>Pax Hispanica</i>	473
XL. <i>Don Quijote y Guzmán de Alfarache</i>	485
XLI. Guerra de los Treinta Años y fin de la hegemonía española.....	499
XLII. La cuestión de la decadencia.....	513
XLIII. Algunas conclusiones	523
Temas clave	524
Tres temas secundarios.....	527
Dos cuestiones.....	529
XLIV. Comentario bibliográfico.....	541

Nota

Empleo en el libro el término «oligarquía» u «oligarca» en el sentido técnico de grupo de poder, sin connotación denigratoria. El poder es propio de las sociedades humanas debido a las diferencias de intereses, sentimientos, aspiraciones, etc., que las caracterizan. El objetivo del poder es poner orden y en principio o desiderativamente justicia, e implica violencia en mayor o menor grado. En todo régimen concebible, el poder es ejercido por una pequeña minoría, encabezada generalmente por una persona, monarca en sentido amplio: no puede haber un monarca sin una oligarquía de apoyo. Este hecho no cambia en el sistema que llamamos democracia, y que es esencialmente un sistema de selección de oligarquías por medio del sufragio universal periódico. Método históricamente muy reciente, aunque con un lejano y muy distinto precedente en Atenas.

En la época que tratamos, el sistema político o de poder provenía de las invasiones germánicas que acabaron con el Imperio romano occidental. Las oligarquías de las tribus germánicas se constituyeron en la alta nobleza de los nuevos estados y naciones, es decir, en oligarquías de nobles de origen guerrero que se perpetuaban por herencia, y estrechamente relacionados con el poder religioso, el alto clero. Aunque el sistema evolucionó a lo largo del tiempo, demostró una estabilidad extraordinaria hasta finales del

siglo XVIII, cuando fue sacudido por concepciones liberales que se irían democratizando, no sin convulsiones revolucionarias.

La idea generalmente aceptada en el cristianismo era que el poder venía de Dios, lo que daba lugar a dos interpretaciones opuestas: que el monarca (con su oligarquía) gobernaba e imponía las leyes de manera absoluta, por delegación directa de la divinidad, concepción defendida en otros países, pero no en España, donde se elaboró la idea de que el poder no llegaba al monarca y oligarcas directamente de Dios, sino a través del pueblo, concepto esbozado ya por Isidoro de Sevilla en la época hispanogótica, y concretada en el siglo XVI-XVII por la Escuela de Salamanca, en particular por Francisco Suárez y Luis de Molina. Estas ideas irían empujando progresivamente a lo que entendemos por democracia, y España fue claramente una de sus cunas.

Me he permitido también ser algo reiterativo en conceptos diversos en los que apoyo una reinterpretación o reenfoque de aquella época, creo que bastante diferente de las que hasta hoy han predominado con unos u otros puntos de vista.

INTRODUCCIÓN ESPAÑA, EUROPA Y EL MUNDO

Podemos definir como gran época de España aquella extendida entre el último cuarto del siglo XV y mediados del XVII, cuando el país dejó una huella profunda en la historia de Europa y de la humanidad, en contraste con los siglos posteriores en que la posición y acciones de España pasaron a un segundo o tercer plano, hasta hoy. Aquella época podemos deducirla simplemente por la consulta de los mapas del mundo.

Cualquier mapamundi nos informa con notable precisión de la distribución de océanos, mares y tierras emergidas en el planeta. Y nos parece algo tan obvio que no solemos reparar en que se trata de un conocimiento históricamente recentísimo, comparados con los muchos milenios de completa ignorancia humana sobre el mundo en su conjunto. Solo hace poco más de cinco siglos empezó el hombre sus arriesgadas empresas para explorar, cartografiar y hacerse una composición mental del planeta. Aquella ingente labor exigió algo también nuevo: el cruce de los grandes océanos.

Hasta finales del siglo XV la navegación seguía la línea de las costas o saltando entre tierras no muy alejadas. Los portugueses habían llegado así, contorneando África, hasta la India y las Islas de las Especias, y se habían adentrado 1.400 kilómetros en el Atlántico hasta las Azores. Pero exigía audacia especial penetrar miles de millas en el océano sin saber qué habría al final, si es que había algo o había un final. Para el hombre común, el mar

y la tierra eran planas y sin fin, pero bastantes sabios, desde el helenismo, sostenían la hipótesis de la esfericidad de la Tierra. El cruce del Atlántico se hizo pensando llegar por el oeste al extremo oriente asiático. En cambio lo que se halló fue un inmenso continente, insospechado tanto para los descubridores como para los aborígenes, y al que terminó llamándose América.

Al poco de aquel hallazgo inesperado se descubrió detrás del nuevo continente otro océano, el Pacífico, que resultaría más del doble de extenso que el Atlántico y cuya travesía fue emprendida con el mismo ánimo hasta llegar, por fin, a un oriente asiático vagamente conocido en Europa. Confirmar prácticamente la esfericidad de la Tierra exigía solo volver al punto de partida siguiendo la dirección contraria a la inicial, y esto también se hizo. Aquellas odiseas en el curso de 30 años, junto con otras muchas no menos azarosas, cambiaron la imagen del mundo, permitiendo conocer la distribución de su superficie, sus climas y mil datos más, y comunicarse unos continentes con otros. Puede decirse que marcan un antes y un después en la historia humana. Esta labor titánica y sin precedentes se debió de modo principal a iniciativas de España en el siglo XVI, que continuarían en menor grado hasta desaparecer en el XIX, ápice de la decadencia española.

Tales empresas exigían una estricta organización a bordo y en tierra, y una técnica depurada en la construcción de naves y en la orientación en la infinidad de las aguas. Los buques, prodigios de la técnica por más que hoy nos parezcan primitivas cáscaras de nuez, no dejaban de ser inseguros ante los peligros del mar, bien certificados por los cientos de naufragios y miles de marineros ahogados a lo largo del tiempo. Pero no era solo asunto técnico: otros pueblos europeos poseían una capacidad naval equivalente, y los chinos podían construir barcos más grandes, y no carecían de estímulo económico; sin embargo unos y otros mostraron menos interés explorador. Sin minusvalorar el valor de la técnica, aquellas navegaciones fueron más bien fruto del espíritu inquieto y arriesgado de tantos exploradores y descubridores, que no pocas veces pagaron con sus vidas; y de la sociedad y gobiernos que los patrocinaban.

Si observamos ahora en el mapamundi la dispersión de las religiones, hallamos que la cristiana es la más extendida geográfica y demográficamente, con bastante diferencia sobre las demás (islam, hinduismo, budismo, etc.). Y que la rama cristiana con más fieles, es la católica, más que la ortodoxa y la protestante juntas. Esto se debe también a la acción española de los siglos XVI y XVII, tanto en Europa como en América y Filipinas. La religión ha desempeñado siempre un papel clave como núcleo generador de las culturas, aun cuando en muchos países ha sido sustituida en parte, desde el siglo XVIII, por ideologías que a su vez reúnen bastantes rasgos religiosos.

Europa fue durante siglos la principal sede de la cristiandad o continente cristiano por excelencia, y en él es relevante su distribución. Descontando algunos enclaves islámicos en los Balcanes, el catolicismo predomina en los países latinos, con fuerte influencia en países germánicos, Irlanda, Hungría y algunos eslavos, como Polonia, Croacia o Eslovenia; el protestantismo predomina en países germánicos, con poca implantación en los latinos y eslavos. La rama implantada en la Europa eslava, más Rumania y Grecia, es la que cuenta con más adeptos, seguida de la católica y la protestante. Y esta distribución, por lo que respecta a Europa occidental, es nuevamente obra ante todo de España.

Durante la llamada Edad Media el islam había conquistado la península ibérica, de donde había ido retrocediendo, mientras que en el siglo XV el islámico Imperio turco otomano se imponía en los Balcanes, y a mediados de él hundía al cristiano Imperio bizantino tomándole su capital, Constantinopla. Las diferencias en concepción religiosa y su proyección moral, política y más ampliamente cultural entre el cristianismo y el islam son profundas y marcadas por un conflicto permanente. Caída Constantinopla los turcos buscaron dominar el Mediterráneo, en directa amenaza a Italia y a España, mientras avanzaban hacia el centro de Europa. Por ello gran parte del continente podía haberse islamizado, con el cristianismo reducido a minorías sometidas. Es llamativo que en la gran derrota cristiana de Constantinopla se haya cifrado el comienzo de la llamada Edad Moderna — más propiamente Edad de

Expansión europea —, y no en el éxito transcendental que supuso el descubrimiento de América.

Hasta finales del siglo XV, todavía una pequeña parte de España estaba en poder musulmán, y su final expulsión no había acabado con la amenaza, pues la piratería berberisca se había convertido en un modo de vida en el Magreb y una plaga permanente para las costas españolas y el comercio marítimo. A su desgastadora presión se añadió entonces el empuje otomano, verdadera superpotencia de la época, que hizo de la capturada Constantinopla su capital. Sus escuadras eran lo bastante poderosas para dominar el Mediterráneo oriental y disputar el occidental entre el Magreb y las penínsulas ibérica e itálica. En esa pugna lograron victorias que pudieron ser decisivas e impusieron un esfuerzo agónico a las potencias amenazadas.

La otra gran ofensiva otomana se dirigía desde los ya subyugados Balcanes hacia Viena y centro de Europa, tratando de rodear de paso a Italia por el norte. Convertir el Mediterráneo en un lago musulmán era un designio muy factible si no encontraba resistencia suficiente. Y fue en España, por lo dicho, por el peligro inminente y por sus dominios en Italia, en quien recayó el peso mayor por el sur y el este; contribuyendo también a rechazar a los turcos en el primer sitio de Viena. Todo ello —y eso fue muy notable— pese a la colaboración de la católica Francia, más los protestantes y anglicanos, con los turcos. Pese a todo, España logró contener la expansión islámica en Europa y el Mediterráneo, en una durísima pugna de más de siete décadas. Puede decirse que España defendió a la Europa cristiana no solo frente al islam, sino también contra diversos estados cristianos europeos.

A los embates turcos se sumaron pronto los de la revolución o reforma luterana o protestante. El protestantismo surgió en Alemania y se expandió con rapidez por gran parte de ella, luego por Escandinavia, penetrando en su forma calvinista por Francia, Países Bajos, Escocia e Inglaterra. Generó así un vasto y belicoso frente anticatólico que amenazaba seriamente a la Roma papal, situada entre los dos fuegos protestante y otomano. En la España